

Ciro Alegría

La desconocida



UNA mujer gris, magra, de veste añeja, llegó junto con la sombra de los álamos hasta la casa de la loma. El sol caía. Los alineados álamos apuntaban sus doradas agujas hacia un cielo de arrebolado añil. Era el atardecer chileno, que tendría un acento eglógico de no ser por el muro pétreo de las montañas. Ellas hablan de lejanías y al mismo tiempo ciñen opresivamente la inquietud viajera del hombre.

La mujer miró la casa de pared veteada y tejas rojas, dobló hacia un lado y fué a sentarse al pie de un quillay de ancho ramaje. Puso en el suelo un enorme atado que llevaba a la espalda y tomó la actitud de quien descansa.

La pequeña Domi, que estaba por allí acunando una muñeca de trapo, vióla y corrió hacia su madre, que se llamaba Mónica y era la compañera del guaso Tomás, hallábase en el huerto, —cuadrilátero cercado de piedra—, recogiendo cebolla. El espeso olor de las hojas rezumantes le llenaba las manos y el pecho.

—Mamá, mamá,—dijo la Domi después de traspasar la feble tranquera—llegó una mujer...

La Mónica asomó su cara terrosa sobre el cerco y miró inquisitivamente, Después dijo:

—Tará escansando... y continuó su tarea.

Llegó un ventarrón cargando noche y polvo. Las sombras ascendían por las encañadas absorbiendo los árboles y las aristas de los cerros. El cambiante reflejo del cielo crepuscular mantenía aún para la casa de la loma,—único reducto humano en medio de inmensos potreros—, una trémula penumbra. La Mónica salió del huerto y fué al fogón, ubicado en el corredor, para preparar la comida. Al pasar miró hacia el quillay. Había junto a él un bulto obscuro. Continuaba allí la desconocida.

La pequeña Domi no se apartaba de su madre. Sentía temor viendo la silueta de esa mujer silenciosa, acurrucada bajo la creciente noche, quieta y extraña. De pronto se le ocurrió que no tenía ojos ni boca y avanzó para cerciorarse. Pero la intrusa hizo un ligero movimiento, el esbozo de un gesto, y la Domi corrió despavorida a refugiarse en el regazo materno. La Mónica rechazóla con un gruñido y continuó atizando el fogón, cuyas llamas habían crecido ya y crepitaban lamiendo una panzuda olla sostenida por tres piedras rojizas. Gorgoteaba el cocido de porotos.

La noche llegó a rondar el fuego. Desde las sombras gesticulaban los álamos, y el quillay; sin duda por cobijar a la desconocida, hacía renovadas e inquie-

tas señas. La Mónica se decidió súbitamente y fué a ver. Una voz delgada surgió desde el suelo saludando.

—Mire, oña — dijo la dueña de casa — si usted quiere, venga; dentre a alojar...

Se alzó un fantasma trémulo de viento que la siguió calladamente. Con la luz, recuperó su calidad humana y, después de soltar el atado, acuclillóse frente a la Mónica y la Domi. Trató de decir algo. Buscó una palabra como si muchas de ellas hubieran estado revoleteando sobre el fogón. No pudiendo aprehenderla, buscó un leño y lo hundió en el fuego crepitante. Este gesto de intimidación consiguió acercar a las tres mujeres. Todas sintieron por un momento que se había roto la valla levantada en alguna parte. Mas la Mónica y su hija se recogieron de nuevo en una actitud de reserva. Algo extraño flotaba sobre la desconocida. Sin embargo, era una mujer como todas. Una mujer del pueblo, duramente maltratada por los trajines, por el frío, por el hambre, por el hombre. Acaso tenía los ojos grises demasiado brillantes, acaso tenía la cara flaca demasiado pálida. Su ropa vieja proclamaba la miseria y el gran atado, el viaje largo. Un rictus triste y tranquilo le plegaba los labios. Quizá allí, en esa boca hecha para callar, cerrada con firmeza sobre la voz de las ideas y los recuerdos, comenzaba la impresión de misterio.

La Mónica preguntó:

—¿De onde viene?

Y la huésped respondió simplemente, con un ligero

encogimiento de hombros que pretendía restar importancia a su jornada.

—De puallá, pu...

La pequeña Domi aferró la muñeca, su madre añadió un leño más a la fogata y la desconocida puso la mano sobre el atado. Un tiuque chilló a lo lejos y luego, cayó sobre las tres mujeres un silencio incómodo, al parecer preñado de infundados recelos, de gratuitas sospechas.

Se escuchó después el trote de un caballo y, a poco, un jinete fué alcanzado por la luz. Era el guaso Tomás que volvía de los campos. Desmontó saludando parcamente y se puso a desensillar. Por último palmetó fraternalmente el cuello del animal—«eh, manco, manco»—y lo soltó al potrero.

Manco llama el campesino chileno al caballo, de igual modo que el argentino le dice pingo, el peruano walaycho o morochuco y, más al norte, sabe Dios. Con esos nombres el nativo ha dado al caballo carta de ciudadanía americana, adhiriéndolo a la tierra, familiarizándolo con el alma y la parla criollas, haciéndolo sujeto de su intimidad,

Pero es el asunto que el guaso Tomás avanzó hacia el grupo. La Mónica lo miraba atentamente tratando de sorprender por algún gesto si tenía relación con la forastera. El saludo que cambiaron no le dijo cosa alguna, aunque que quizá fué demasiado simple, como para sospechar un entendimiento tácito. El guaso tomó asiento en una banqueta y su mujer sirvió la comida

en platos de hierro enlozado. La cuchara, al rozar las desportilladuras, producía un ruido molesto. La desconocida comía con los ojos puestos en su frugal ración; el Tomás, a grandes bocados, la Mónica y su hija, en acecho.

El hombre se puso a hablar de la faena cumplida y de cómo el toro negro se le había escapado por una encañada. Al día siguiente tendría que ir en su busca. «¡Chitas, la payasá!». Las botas opacas del Tomás avanzaban hacia el fuego. Era un guaso pobre. Su poncho había perdido el color de puro viejo y el sombrero estaba magullado. ¡Quién como on Eliodoro, guaso señorito hijo del hacendado, que remudaba ponchos polícromos, chaquetillas botoneadas, sombreros gallardos, botas lustrosas! Cuando las espuelas de on Eliodoro perdían el sonido, las llevaba donde el herrero del pueblo para que las volvieran a su temple. ¡Trinaban como pájaros! Las del guaso Tomás, con las rodajas mohosas de sangre y barro, destempladas y roídas por el uso, ni bulla metían. Pero, qué se iba a hacer. Por peores cosas había pasado.

Su historia era larga. Muchos sus afanes. Estuvo cavando en el norte, curvado sobre la piel dura y mineral de la pampa. Estuvo navegando en el sur, cabe los aledaños del Polo, en pos de lobos y nutrias, uno más en medio de la épica lucha de las rocas y el mar. Quiso lavar oro, pero luego optó por irse a los valles centrales. Anduvo de cosecha en cosecha, alquilando sus brazos por tres pesos, comiendo galleta y bebiendo

áspero vino. Por último se «botó a guaso» en la hacienda de on Eliodoro. Le dieron esa casa y el manco. El buscó a la Mónica, que por su parte añadió a la hija. Y ahí estaba. ¿Hasta cuándo?

Hemos contado la historia de Tomás sencillamente pues darle mayor importancia sería atentar contra su mismo espíritu. El tenía un alma cargada de distancias, pero cuanto le ocurrió se le antojaba natural y simple. Como que era de un país de contextura simbólica, largo y estrecho como un sendero y de extenso litoral bañado por un mar de lomos anchos, millonarios de rutas. En todo chileno de la costa o la cordillera, de la ciudad o del campo, hay siempre un hombre en trance de partida. La Cruz del Sur, signo de viajeros, abre los brazos sobre sus anhelos.

La desconocida terminó su ración y miró al guaso. El también la miró. Sin haberse visto nunca, ambos se reconocieron en la memoria de los tiempos idos, en el recuerdo de su pueblo, en la impresión de todas las caras encontradas en la vida. El hombre tenía la piel quemada y los ojos penetrantes, señales de trabajo al sol y ante el espacio. La mujer,—ya la hemos contemplado—, mostraba las huellas de una fatiga obscura y monótona.

El guaso habló, sin saber que ya había sido hecha la pregunta:

—¿De onde viene?

La interpelada respondió de igual modo:

—De puallá, pu...

«De puallá». El guaso había oído en mil ocasiones tal expresión. El también la pronunció vez tras vez. «Allá» es la ruta siempre abierta, el camino que se ha dejado atrás o que se va a emprender.

Después, contestando a la Mónica, la forastera dijo llamarse Josefina Núñez. ¿Qué podía aclarar ese nombre? Ella continuaba siendo una desconocida, miembro del multitudinario anonimato popular, partícula de la apretada consistencia de la masa.

Ya espontáneamente y tratando de ser amable, la foránea contó lo acaecido recién en un pueblecito minero de las cercanías. Había muerto un hombre. Pero no en el socavón, sino en la reyerta. Le vaciaron las tripas y él siguió peleando hasta que cayó con el cuello desgarrado.

Terminado el yantar, fuéronse a dormir. La desconocida deshizo su atado y se acomodó entre los trastos del cuartucho de aperos. Los dueños ocuparon la pieza contigua y el guaso y su mujer aun buscaban el sueño en la alta noche

La Mónica preguntó a su marido entre las sombras:

—¿La has conócío?

—No—dijo él.

Mas ella tuvo la impresión de que no hablaba verdad. De que algo había perdido en aquel momento. Atrajo hacia sí a su hombre y lo poseyó desesperadamente. Sin embargo, se quedó siempre muy sola. Casi abandonada. Para darse valor, pensaba: «Ya se irá; todo volverá a ser como antes».

Al día siguiente no se marchó la desconocida y sí el guaso Tomás, con el sol en los hombros, hacia los potreros. Nunca un toro negro fué atrapado con más pericia. Recién se iniciaba la tarde, cuando el hombre volvió remolcando al reacio. El manco trotaba descansadamente y el jinete sujetaba la soga enlazada a las astas. Después de desmontar amarró al toro a un tronco, desensilló y finalmente sentóse en la familiar banqueta. La extraña estaba remendando un trapo y la Mónica no fué al huerto a recoger cebolla. El día siguiente era domingo y había pensado visitar el pueblo para venderla, pero ya no podría completar la cantidad necesaria. ¡Si la Domi pudiera hacer otra cosa que jugar con su muñeca de trapo! ¡Ver quisiera! Quien veía era el Tomás. Tenía los ojos puestos en su huésped y si los apartaba de ella era para fijarlos en los caminos, los horizontes, los cielos lejanos. Sin embargo, no se atrevía a ir hacia la extraña. La Mónica se había puesto a remendar también. Rompen mucha ropa las zarzas. Y así pasó la tarde y llegó la hora de la comida y del sueño.

Al otro día, la Mónica dijo a su marido:

—Irás a dejar el toro...

El guaso respondió:

—¿Quién trabaja en domingo?

Ella insistía:

—Anda... On Eliodoro te dijo que lo quería luego...

El terminó secamente:

—Oh, quién trabaja en domingo.

Sucedía que la desconocida continuaba allí, sin dar ninguna explicación, callada y tranquilamente sola. El guaso Tomás la miraba hurtando el rostro a su mujer y dando vueltas como un animal inquieto. La huésped no era hermosa. Tampoco fea. Su cuerpo enteco se dilataba en los senos breves, en las caderas macizas. Era la mujer sin dueño y sin rumbo, acaso por el hecho de poder tomarlos todos. El Tomás tenía la impresión, confusa pero potente, de que encontraba su ayer en esa hembra trigueña y trashumante, viajera sin tiempo ni objetivo. La Mónica procedía de esos contornos y ya formaba parte de la casa de la loma. Tal vez querría parir otro hijo, multiplicarse como la cebolla. «Vaya, vaya», se decía el Tomás pensando en su propia suerte. «Vaya, vaya». No atinaba a explicársela del todo. «Vaya». Quizá sería bueno pegar a la Mónica, darle unos cuantos golpes para que se fuera. Aunque tal vez resultaría inconveniente apresurarse. No había apalabrado aún a la... «vaya, vaya»... no recordaba el nombre.

Al fin murió la tarde y se reunieron para la comida. Otra vez. La Mónica tenía un gesto hostil y su hija la miraba tratando de comprender. El guaso ojeaba ladinamente a la desconocida. Sólo ésta mantenía una actitud de siempre, callada y como ausente.

El hombre quiso trabar conversación y preguntó:

—¿Y pa onde se va usté?

Ella respondió:

—Pa Nipocura . . .

—¿Pueblo?

—Sí, casi es pueblo.

—¿Ta lejos?

—Sí, lejos.

Y miró a la Mónica y al Tomás como diciendo a éste que no podía hablar más por aquélla. Tal es lo que imaginó el guaso, pero después vaciló y se dijo que era una mirada como cualquiera otra. De atención, simplemente. ¿Dónde estaría Nipocura? Sonaba el nombre igual que todos los de origen araucano regados a lo largo y ancho del territorio. Aunque, por otro lado, podría ser que tal pueblo no existiera. El Tomás sabía por propia experiencia que los viajeros que no llevan ninguna dirección, a fin de no despertar sospechas, se señalan una inexistente y lejana. Tal vez. «Vaya, vaya». Acaso ella buscaba un hombre. El hombre para su flanco y su destino. Seguramente el muerto despanzurrado fué su marido. Entonces, claro, ella se echó a caminar. Era natural que quisiera cambiar de sitio y de suerte.

Tarde la noche, la Mónica abrazó a su marido sin decirle nada y cerró los ojos temerosamente pegada a él. Palpaba su presencia con los muslos, con los senos. El huaso se durmió después de renegar en sus adentros. ¡Si hubiera ido a la hacienda a dejar el toro! Siquiera habría bebido con los otros huasos algunas garrafas de tinto. ¡Qué mal domingo!

A la mañana siguiente fué para la Mónica lo ma-

ravilloso; para el Tomás lo insólito; para la Domi un hecho de ya escaso valor. El guaso salió después de su mujer al corredor y, al no ver a la desconocida, preguntó:

—¿Se jué?

—Se jué—replicó la Mónica, gozosa de afirmarlo. Se jué... No hay su atao... Se ha ido...

El Tomás fué acuciado por un instantáneo deseo de pegar a la Mónica, como si ella fuera la culpable. Después tuvo el impulso de montar en su manco e ir en busca de la desconocida. Pero, ¿hacia dónde dirigirse? ¿Qué dirección tomó ella? Miró el paisaje, miró las rutas. Los Andes quebraban violentamente sus lomos empujándose, atropellándose, superponiéndose. Y las rutas, finas, curvas, serpenteaban de cerro a cerro, yendo del norte hacia el sur: serpenteaban de cerro a cerro yendo de la cordillera al mar. ¿Dónde quedaría Nipocura? Inútil buscar. Tal vez ni existía. Y de existir, esa mujer seguramente no pararía allí. ¿Quién sabe, en verdad, los pasos del que marcha?

Al guaso Tomás le gritaba el destino. Y sintió como que la desconocida era su alma que se abandonaba de nuevo a los largos e innumerables caminos.